

ALBERTO PIRIS

Rechazo de la “mentira de Estado”

El 11 de marzo de 2004 se perpetró en Madrid el más salvaje atentado terrorista que jamás ha sufrido Europa en toda su historia. Fue reivindicado por una organización islamista marroquí vinculada a Al Qaeda. Tres días después se celebraron en España elecciones generales, que dieron el poder al Partido Socialista (PSOE), derrotando sin paliativos al Partido Popular (PP) que durante ocho años había gobernado España. El autor reflexiona en este texto sobre la vinculación de ambos acontecimientos.

Alberto Piris es analista del Centro de Investigación para la Paz (CIP-FUHEM)

La proximidad en el tiempo de ambos acontecimientos ha inducido a muchos analistas y medios de comunicación a relacionarlos estrechamente —lo que tiene bastante fundamento—, pero también a vincularlos entre sí de forma exclusiva, descartando otros factores de tanta o mayor influencia, lo que ha conducido forzosamente a conclusiones erróneas.

Esto se ha reflejado en el amplio espectro de opiniones de la prensa internacional. Los diarios más conservadores de EEUU, encabezados por *The Wall Street Journal*, y algunos otros europeos, atribuyeron la derrota del presidente Aznar a cierta voluntad de claudicación ante el terrorismo mostrada en las urnas. Opinión tan negativa como falsa, se vio contrapesada por otras, como la del escritor estadounidense William R. Pitt: “Dos días. Éste ha sido el tiempo que los españoles han tardado en impacientarse y exigir a su gobierno la verdad. Cuando no la obtuvieron, lo expulsaron. Para EEUU, donde han transcurrido casi 1000 días sin que su gobierno haya dicho la verdad sobre el 11-S, es una lección que habrá que aprender a fondo”.¹

Lo que, en realidad, ocurrió el 14 de marzo estuvo bien resumido en el titular de portada del diario *Le Monde* del día 17 del mismo mes: “L’Espagne sanctionne le mesonge d’Etat” (España castiga la mentira de Estado). Porque lo que más de una mitad del pueblo español expresó en las urnas fue su rechazo a un engaño

¹ El texto completo puede consultarse en: <http://www.alternet.org/story.html?StoryID=18122>

sistemático al que había sido sometido, sin mostrar casi oposición, desde antes de la invasión de Irak y cuando la llamada a las urnas estaba aún lejana.

El alineamiento ciego del presidente Aznar con la política de Bush le condujo a apoyar el "ultimátum de las Azores" que desencadenó la invasión ilegal de Irak, arrinconó y humilló a Naciones Unidas y, sobre todo, despreció el sentir mayoritario del pueblo español. Éste fue engañado por sus dirigentes, para que aceptara las falsas razones esgrimidas por Washington y Londres a fin de justificar la operación militar. El propio presidente Aznar, hablando ante las cámaras de televisión sobre las armas buscadas en Irak, había exigido ser creído —pidió un simple acto de fe a los españoles— sin aportar prueba convincente alguna. Los restantes miembros del Gobierno, apoyados cerradamente por todo el partido en el poder, contribuyeron a la continuidad y la firmeza del engaño, haciéndose luego responsables de él ante la opinión pública. No hubo en el Parlamento español, como ocurrió en el británico, disidencia alguna en las filas del partido gobernante, lo que hubiera podido conducir a un debate y a esclarecer algo más la verdad.

Pero, por mucho que el Gobierno saliente haya intentado justificar después el tratamiento informativo que dio a lo ocurrido el 11-M, fue su actuación confusa y electoralista lo que realmente le concitó el alejamiento de un considerable número de nuevos electores. La torpeza de algunas de las destacadas figuras del PP hizo el resto. Bastaría una anécdota: dispuesto el partido en el poder a utilizar en la campaña electoral el factor terrorista —contra lo tácitamente aceptado en un principio— decidió aprovechar a fondo el imprudente encuentro de un miembro destacado del Gobierno de Cataluña con dirigentes etarras. Al asegurar ETA que había alcanzado un acuerdo con aquél para librar al territorio catalán de futuras acciones terroristas, y desmentir dicho acuerdo el político catalán, el principal dirigente vasco del PP, Jaime Mayor Oreja, le rebatió contundente con las siguientes palabras: "ETA mata pero no miente". El Gobierno se vio después obligado a tragar y olvidar esta frase, cuando ETA negó oficialmente su participación en el 11-M, de la que el Ministro del Interior acusaba insistentemente, consciente del peso electoral que pudiera tener la autoría de la masacre, según se tratara de ETA o de una célula islamista. Tantos errores políticos forzosamente al final pasan factura, con o sin terrorismo.

Sabedora gran parte de la población española de las mentiras y engaños que habían rodeado la intervención militar angloestadounidense en Irak, la forma en que se trató de desviar la atención sobre los responsables del atentado terrorista en Madrid suscitó nuevos y muy fundados recelos, dada la gran carga electoral que adquirió en pocas horas todo lo relacionado con el sangriento hecho.

La desconfianza aumentó al conocerse algunos pormenores de la actuación del Gobierno. El Ministerio de Asuntos Exteriores conminó a los embajadores de España a que se atuvieran a la verdad oficial de la autoría de ETA, cuando ya los datos obtenidos no apoyaban en exclusiva esta hipótesis o, al menos, la hacían muy poco verosímil. Algo parecido ocurrió en el Consejo de Seguridad de la ONU, donde la delegación española se vio instada a citar formalmente a ETA en la resolución condenatoria del hecho, lo que, días después, obligó al representante español a solicitar una poco honrosa rectificación en la que solo pudo asegurar que se había obrado de buena fe. La protesta de varios corresponsales extranjeros en

Madrid por el intento de intoxicación telefónica en el mismo sentido originada en la Presidencia del Gobierno, contribuyó a formar la imagen de unos gobernantes que, para salvar la inminente confrontación electoral a la que acudían confiados en el triunfo, no vacilaban en distorsionar la verdad con propósitos meramente partidistas.

La política de Bush es también responsable de las muertes en Madrid. Si en vez de obsesionarse con una guerra contra el terrorismo en general (ser "Presidente de Guerra" corregía en gran parte las anomalías que perturbaron su elección y aumentaba su popularidad), y de enfocar sus visiones bélicas hacia un Irak que nada tenía que ver con el terrorismo del 11-S, hubiera dedicado sus esfuerzos a combatir las verdaderas raíces de Al Qaeda, quizá no hubiera habido que lamentar los muertos de Madrid. Pero prefirió el brillo belicista de lo que imaginó ser una rápida y victoriosa liberación del pueblo iraquí.

La ocupación de Irak no ha hecho al mundo más seguro; por el contrario, ha puesto en peligro a más países y más pueblos. Ha exacerbado y extendido el terrorismo. Bush intenta ahora que se olvide el mayor error de su política, con tiempo suficiente para ganar la reelección. Los españoles, sin embargo, han sabido percibir esta trampa, como los más de 30 millones de habitantes del mundo que se manifestaron el pasado 15 de febrero en contra de una guerra irracional.

No es agradable tener razón cuando se vierte sangre. Pero aunque el terrorismo muestra su capacidad de acción, también el pueblo español ha sabido mostrar al mundo unas cualidades apreciadas ya fuera de nuestras fronteras. El histerismo y la paranoia que aquejó a amplios sectores del pueblo y el Gobierno estadounidenses tras el 11-S no nos han contagiado. En vez de agruparse, asustados, bajo el manto del poder, los españoles han sabido mostrar democráticamente que saben exigir la verdad a sus gobernantes aún en los momentos más dramáticos.

España no solo ha sabido mostrar al mundo la rapidez, eficacia y transparencia del proceso electoral —muy distinto a las turbias maniobras de Florida que llevaron a Bush a la presidencia de EEUU tras muchos días de un forcejeado recuento de votos—, sino que sus ciudadanos, y los de Madrid en primer lugar, han sabido soportar el zarpazo del terror con dignidad y compostura, sin necesidad de caer en la histeria ni recurrir a un falso patriotismo irracional que les permita renunciar a sus derechos y libertades, costosamente logrados tras largos años.